


Un discurso de José Vasconcelos

LA ENERGÍA DEL BIEN Y EL JÚBILO DE LA LIBERTAD

Reproducimos a continuación el discurso pronunciado por Vasconcelos el 27 de Marzo pasado, acto al cual el eminente pensador y político mexicano da el carácter de un homenaje a los estudiantes de la República del Ecuador.

 A voluntad de los estudiantes del Ecuador ha hecho caer sobre mis hombros uno de esos honores, que por sí solos bastan para hacer amable una vida: el honor de entregar a los jóvenes de mi patria la placa de oro con las armas de la Universidad de Quito, en testimonio perdurable del primer esfuerzo de acercamiento de una generación que parece resuelta a consumir la identidad espiritual, del Ecuador y de México, y de México y el Ecuador con los demás pueblos Ibéricos del Continente.

Los estudiantes del Ecuador han querido con muy buen acierto, que la placa que es para ellos el más alto símbolo de la patria ideal, el símbolo del pensamiento ecuatoriano, fuese a parar a las manos del joven estudiante mexicano vencedor en un torneo de ciencia histórica ibero-americana. Y yo me complazco en dejar cumplida esa voluntad de mis mandatarios, poniendo en manos del señor don Luis Rubio Siliceo, ese trofeo de la inteligencia y del corazón, del cual habrá de constituirse

depositario, más que dueño. Depositario únicamente, porque es demasiado precioso para que vaya a quedar ligado a los azares de una fortuna individual. En tal virtud me atrevo a pedir al agraciado que, así que no pueda guardar este su tesoro, cuando la proximidad de la muerte o la ausencia de la patria o cualquier género de incapacidad le amenace, tome las medidas necesarias para dejarlo a salvo, ya sea en el Museo de Historia que guarda las reliquias de nuestros padres, o en el Depósito de la Universidad, donde la seguirán custodiando las generaciones que nos sucedan.

Así conviene obrar porque el encargo, más valioso que el oro macizo que pesa, está grabado por artífices ecuatorianos que derivan su arte de los refinamientos de la Colonia, y su diseño es símbolo del amor y la conciencia de una juventud ilustre por su sangre y privilegiada por su porvenir. Ilustre porque descende de los arrestos nobilísimos y sublimes de Antonio José de Sucre y del talento generoso y deslumbrante de Olmedo, de Rocafuerte y de Montalvo: privilegiada porque recibirá la herencia de veinte pueblos que preparan una humanidad mejor.

El Ecuador es con el Perú y Colombia y México, un país antiguo y genuinamente literario. Sólo la ignorancia en que se nos educa, la necia patriotería que hace arrancar nuestra vida nacional de sólo episodios locales, puede explicar el olvido en que vivimos con respecto a una tradición que es asombro de quien la lee y que debiera ser en nuestras almas, como un cimiento de confianza en nuestras capacidades y un impulso de orgullo creador.

Desde 1555 y junto con la barbarie, por descubridora, fecunda, de los Pizarros y los Almagros, la obra de la civilización comienza a iniciarse en Quito, la ciudad levantada sobre las crestas de un volcán, como para simbolizar el espíritu imponiéndose al fuego, al temblor y a la altura. Cerca de Quito chocaron ambiciones fieras y se iniciaron proezas insólitas. Los Pizarros y Almagro, procedentes del Perú, disputan el terreno a Alvarado que llegaba después de consumir la hazaña de marchar sobre la cordillera, desde Guatemala a Panamá y Co-

lombia. Magnífico paseo de águilas en que el alma iba adelante, impulsada no por la codicia del oro, sino por el afán de los panoramas hermosos y la curiosidad de las regiones nuevas. Codicia de paisaje y afán de hermosura que revela, en aquellos héroes, el germen de la raza nueva cuya misión es interpretar la vida en su esencia, como una manifestación de la belleza divina.

También de Quito, o de allí cerca, partió Orellana para consumir esa expedición, que es la más ilustre, la más arriesgada, la más trascendental y estupenda de todas las expediciones terrestres, la que produjo el descubrimiento del curso y desembocadura del Amazonas.

En Quito se repitieron los horrores de la conquista armada y los milagros del espíritu misionero. El espíritu que ganó mundos para una fe generosa, cuyo triunfo se aplaza cada vez, porque la vida humana no es digna de consumirla.

En Quito, apenas fundado, se comenzaron a cultivar las letras, con el mismo ahinco con que se cultivaban en Lima y en Bogotá y en México, los tres centros civilizados, las tres Atenas del Continente en la época en que Boston y New York apenas eran puertos de mercaderes.

La literatura de los primeros siglos fué un reflejo pálido de la Metrópoli, pero la labor de las órdenes religiosas preparaba lo que es indispensable para que aparezca el hombre de letras, el medio culto que lo estimule y lo complete. Al principio no se escriben sino relatos de la conquista y cartas de viaje y crónicas de las órdenes religiosas. El primer nombre propio importante para la historia de las letras, Gaspar de Villa Roel, aparece hasta los comienzos del diecisiete, el siglo del surgimiento de la América Española. Versos, prosas, discursos, comentarios y sermones, escribió Villa Roel con espíritu combativo de sacerdote y de artista y dando tregua a una inquietud que lo llevó a recorrer, en aquellos tiempos de caminar difícil, toda su patria y el Perú y España y Chile.

Acerca del hombre que inicia la historia intelectual del siglo dieciocho, dice Isaac Barrera, el distinguido escritor contempo-

ráneo a quien sigo en esta brevísima ojeada: «se llamó don Pedro Vicente Maldonado, nació en Riobamba y fué uno de los hombres que mayores conocimientos reunió en su época, pues además de su competencia reconocida en las ciencias matemáticas, *ejerció la acción con altas miras de mejoramiento público*. Con la visión exacta de las necesidades del país, trabajó por la apertura de un camino que uniera la costa con la capital, al mismo tiempo que hacía estudios geográficos sobre la Provincia de Esmeraldas y del reino de Quito en general. Estos trabajos encomiados por académicos franceses, recibieron altísimo elogio de Humboldt. Más tarde figuró Maldonado con honor en academias científicas de París y de Londres».

Era aquella la época en que no necesitábamos de que las grandes obras públicas las ejecutasen ingenieros y contratistas extranjeros; producíamos cultura, no era indispensable importarla; y se llamaba acción a la obra constructiva, no como hoy se estila llamar hombre de acción al que mata en las batallas o en la emboscada.

Ya a principios del diecisiete había en Quito dos Universidades ocupadas en la enseñanza del Latín, la Metafísica, la Teología y la Jurisprudencia. En nuestros tiempos prevalece un justo desdén por la Jurisprudencia, porque el derecho social contemporáneo va dejando muy atrás la fría justicia romana que en parte representa la norma de sus conquistas, pero hay que ver que en aquella época la Jurisprudencia era el saber que moderaba los rigores del mando meramente militar; era el paso a la civilización. Enseñar Jurisprudencia en la Colonia, en el país de los conquistadores, era prepararles la emancipación y adiestrarlos en las armas de la libertad, La Jurisprudencia era entonces la ilustre y valiente rival de la espada.

La primera imprenta ecuatoriana se fundó en Ambato y el primer opúsculo en ella publicado es de 1754. A mediados del dieciocho aparece Eugenio Francisco Javier Santa Cruz y Espejo, «un indio genial», dice Barrera, «grande no sólo por ser una figura de excepción en el medio borroso y desteñido de la época, sino porque tuvo un gran talento, una asombrosa

erudición, una curiosidad insaciable, una nerviosidad altanera y terrible y el anhelo heroico que empuja hacia las cosas grandes. Fué uno de los precursores de la emancipación, el primer periodista del Ecuador y el primer enciclopedista, la figura intelectual más prominente de toda la época de la Colonia».

La expulsión de los jesuitas llevó a Italia un gran número de ecuatorianos ilustres, como el polígrafo Velasco y el Poeta Aguirre, que llegó a ser Rector de la Universidad de Ferrara.

Al comenzar el siglo diecinueve, Quito, floreciente de cultura palpitaba con el anhelo de la libertad. La propaganda de los enciclopedistas, la visita de sabios como Humboldt, Bompiani y Caldas, el impulso de los patriotas, y el entusiasmo de la juventud, la soberbia de los criollos delante de la altanería de los chapetones, todo anunciaba la tragedia espléndida que había de transformar el Continente. El 10 de agosto de 1809, se constituyó la Junta Suprema cuya trascendencia para la libertad del Continente habéis estudiado con acuciosidad y lucidez.

La época de la guerra de Independencia marca como un alto en la producción literaria; los poetas de ese período se llaman Bolívar y San Martín y Sucre. El pensamiento se confundió con la acción, para crear esas obras de arte que se llaman: Las Campañas de Bolívar, y las Batallas de Pichincha, de Junín y de Ayacucho. Fué aquello como el comienzo de una especie de caos de que todavía no acabamos de salir, pero que aun para las letras ha sido fecundo. «En un siglo de vida independiente, dice con razón Barrera, el Ecuador puede mostrar ingenios y hombres ilustres en mayor número que los tres siglos anteriores del coloniaje»; y agrega: «el primer poeta de la República y el primer poeta de la América en ese tiempo, es Olmedo». Olmedo fué el cantor de Junín y Ayacucho, de Bolívar y de la libertad del Continente.

El alma ecuatoriana se define y se expresa por aquellos tiempos en la gran figura continental de Rocafuerte: Magnífico y justísimo consocio de hombre con nombre. Proteo vigoroso, naci-

do para crear naciones. Asistió a las Cortes de Cádiz, se negó a rendir homenaje a Fernando VII, volvió a España con comisión de Bolívar; hizo propaganda revolucionaria en Estados Unidos; luchó en México contra Iturbide, hizo aquí periodismo, sirvió a la Legación Mexicana en Londres, conoció nuestras cárceles por no transigir con déspotas y después de dejarnos lo mejor de su pensamiento republicano, volvió a su patria de origen. También allá en el Ecuador se vió combatido, se afrontó con los caudillos, estuvo a punto de ser fusilado, y finalmente, cumpliendo su destino providencial llegó a la Presidencia. Ya en este cargo puso el modelo de lo que hubiera llegado a ser la América, si los caudillos militares no hubiesen impedido la acción de los hombres ilustres, si no hubiese prevalecido el sistema de que la presidencia sea un botín que se recoge en los campos de batalla, o en los conciliábulos de la defección. Rocafuerte es el mejor Presidente que ha tenido el Ecuador y es también una de sus mayores figuras literarias. Su espíritu tolerante, su amor apasionado de la libertad, su estilo vigoroso, su expresión clara hacen que hoy mismo, las obras de Rocafuerte constituyan enseñanza valiosa y estímulo de los que luchan para levantar el pueblo de la abyección y encender en los pechos el fuego de la justicia.

Cuando se escuchan estas historias y se ve cómo en aquellos tiempos heroicos un mismo personaje influía decisivamente en los destinos de varias naciones, cuando se sabe que un Rocafuerte hizo política y periodismo en México y agitó la opinión en España y fué después presidente del Ecuador, se comprende que no es la distancia, una distancia que en nuestros días se ha acortado, lo que nos tiene apartados, sino la decadencia del nervio y la ceguera. ¡Duele mirar en nosotros una estirpe que ya no conoce a sus padres! En vez de los antiguos héroes tenemos patriotas, amurallados en sus fronteras, que niegan el hispano-americanismo o lo relegan a la condición de un sueño imposible. No saben que fué realidad cuando la raza era pujante y grande, y que si no vuelve a serlo será porque ya jamás levantaremos la frente.

De la misma época de Rocafuerte es Moncayo, que jamás transigió con los desmanes de los políticos ni con las flaquezas del carácter y a semejanza de nuestro padre Mier, pasó la mayor parte de su vida en el destierro.

Al lado de Moncayo se formó Montalvo, el primer escritor ecuatoriano y uno de los dos o tres del Continente. Montalvo es piedra angular de nuestra literatura y modelo de virtud cívica en patrias que casi no conocen el civismo. Por su bella prosa que triunfó en todos los asuntos y por sus gallardas y esclarecidas actitudes frente a uno de los azotes de la raza, el déspota García Moreno, la figura de Montalvo es de aquellas que forman el abolengo de una estirpe. Su vida se reparte entre el estudio y la lucha. Cuando García Moreno sube al poder, Montalvo sale al destierro. Su pluma se dedicó entonces a limpiar el ambiente continental. Escribió la historia de los Héroes de la Emancipación Americana para hacer resaltar las virtudes de los grandes frente a los crímenes de los déspotas y como un reto a los malvados que alcanzaban éxito. Su campaña contra el despotismo conmovió a la América en la misma época en que el despotismo había llegado a ser la ley. Sus artículos aparecían con el «estruendo y claridad del rayo». Al mismo tiempo su obra literaria se condensaba en páginas magníficas sobre temas jamás pensados antes en América, según puede verse en los Siete Tratados. Todavía no hemos hecho justicia plena a Montalvo por la sencilla razón de que los males que él combatía no han desaparecido del todo, y porque sus frases quemarían aún muchas frentes. Montalvo es el hermano espiritual de Sucre, pero el poder sólo por excepción ha ido a manos de los discípulos de Sucre, por regla general lo han ejercido los descendientes de quienes lo asesinaron. La familia heroica ha seguido, sigue dispersa. Sin embargo, de los déspotas que flageló Montalvo no queda nada y en cambio, la figura del pensador immaculado sigue creciendo y se ha identificado con el Continente. Día llegará en que no se sepa de sus rivales sino porque tuvieron el honor de merecer sus anatemas. Pues el genio en su prosa justiciera, forja la historia. Y si alguna vez dentro

de cien o de quinientos años, cuando ya nadie recuerde sus nombres, algún erudito ocioso pregunta, ¿quiénes fueron los déspotas de entonces?, la respuesta tendrá que irse a buscar a las páginas de Montalvo. Lo que allí se dice eso es la verdad; lo demás, si todavía existe, no tendrá importancia, pues no va a juzgarse del malvado por lo que de él digan sus víctimas atemorizadas o sus cómplices; la verdad sólo la entienden en estos casos, la conciencia immaculada, la conciencia iluminada; y Montalvo es una de las primeras luces de la estirpe. Su lucha, como la de Sarmiento, fué heroica y desesperada. Sarmiento venció y la Argentina se hizo grande. El día en que allá, en la patria que poseemos en el centro de los Andes, la civilización y la cultura se impongan en toda su plenitud, ese día será el día del triunfo de Montalvo.

La gran figura del pensador ecuatoriano, expresa toda una época, pero no la agota; después de él vendrán muchos ingenios para seguir luchando por las mismas nobles causas. Para no incurrir en omisiones graves, no me atrevo a citar más nombres. La historia literaria del Ecuador, como su historia política, es digna de un dilatado y cuidadoso estudio. Ojalá que el éxito de este torneo estimule a todos los jóvenes de México a nutrir sus almas con el ejemplo de las virtudes y las grandezas ecuatorianas. Con el ejemplo de un pueblo que, como nosotros, ha bregado y ha sufrido, pero asienta su esperanza en el poder de una juventud intransigente con el mal y devota de la gloria y de la libertad.

Por el corto esbozo que hemos recordado, podréis juzgar los tesoros de fuerza, de virtud y de genio que están contenidos en la patria lejana cuya juventud os tiende los brazos en invitación fraternal. Responded a los hijos de aquella porción de la patria común, protestando que procuraréis igualarlos en cada acción ilustre. Juradles en nombre de Montalvo y en nombre de Madero que en la nueva patria, que todos juntos habéis de forjar, no habrá más que dos potestades: la energía del bien y el júbilo de la libertad.

JOSÉ VASCONCELOS.